

Como deben mirarnos:
la fotografía como tecnología de la reconstitución
discursiva del yo. Los tijuanenses y su leyenda blanca

Como deben mirarnos:

la fotografía como tecnología de la reconstitución discursiva
del yo. Los tijuanenses y su leyenda blanca

Josué Beltrán Cortez

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR

Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LIC. ANDRÉS CÓRDOVA URRUTIA

Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR

Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

SANDINO GÁMEZ VÁZQUEZ

*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Primera edición 2015

D.R. © 2015 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,

C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-XXXX-XX-X

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el autor.

Diseño y formación electrónica: Luis Chihuahua Luján

Impreso y hecho en México

*A Federico Campbell.
In memoriam.*

*A mi familia: mamá, papá, Héctor,
Alejandro, Wenceslao y César.
También a ustedes: Hugo, Mirna,
Irene, José y Roxana*

A mis tesoros: Diego y Ernesto.

A ti, por darme mis tesoros.

*A mamá locha:
sé que me sigues cuidando.
Siempre te amaré...*

Este trabajo no es más que la tesis que presenté, en agosto de 2012, para obtener el grado de Maestro en Estudios Culturales por El Colegio de la Frontera Norte. Ve la luz, como libro, gracias a la confianza de Elizabeth Acosta, Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur. No seré suficientemente capaz de mostrar mi gratitud ante este gesto de confianza y generosidad de ella y de la institución que encabeza. No debo dejar de agradecer a El COLEF por la formación recibida, especialmente a Luis Escala Rabadán, Laura Velazco, Miguel Olmos, Guillermo Alonso, Elizabeth Maier, José Manuel Valenzuela Arce, Christine Von Glascoe, Norah Schwartz y, sobre todos, a Lawrence Taylor, por haber dirigido este trabajo en su faceta de tesis de grado así como a Camilo Contreras, por la lectura y asesoría del mismo. A ti también, Alberto del Castillo: tus comentarios me hicieron ver cosas que no hubiera siquiera imaginado. Gracias por hacerme ver a la fotografía... un abrazo hasta el Instituto Mora.

Mención especial merece el Archivo Histórico de Tijuana, depositario de las fotografías que aquí se usan. Gracias a Gabriel Rivera, coordinador del Archivo, por el apoyo, la confianza y el abrigo en su coordinación para llevar a buen término este trabajo. Gracias a Genaro Nonaka y a su familia por el permiso y el honor de permitirme usar el legado de su padre. Por último, pero no menos importante, gracias al profesor Fernando Aguilar Robles Maldonado (q.e.p.d): sin su premonición de haber tenido en sus manos algo importante, sencillamente las fotos de Kingo Nonaka no hubieran sido, para bien o para mal, del dominio público. Gracias...

Prólogo

Una *manchita blanca* contra la leyenda negra

“El fotógrafo es testigo de su propia subjetividad”, declara Roland Barthes en una elocuente postura contra el realismo. Y esa firme exclamación podría ser el talón de Aquiles del importante trabajo de don José Genaro Kingo Nonaka, el fotógrafo japonés afincado hacia 1921 en Tijuana, ciudad que tuvo que abandonar durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial por disposiciones de índole política; sin embargo, debido a la construcción de ese referente documental que fue precisamente su labor profesional en el registro de imágenes tijuanenses de la época, es que nos permite apreciar un legado inapreciable para considerar —y en todo caso afianzar— otra cara de la misma moneda: la leyenda blanca de esa ciudad fronteriza.

El trabajo que aquí nos presenta Josué Beltrán Cortez, pone en adecuada perspectiva los dos grandes relatos contrapuestos que han marcado el perfil del imaginario de Tijuana: el que la describe como una ciudad en donde se dan cita las más exacerbadas prácticas de la barbarie apocalíptica intestada de casas de juego, las apuestas, el consumo de alcohol y de drogas, concibiendo a la ciudad como una prostituta disipada, libertina, de anchas caderas y piernas abiertas; y por otro la que describe a esta misma población como la de un espacio de oportunidades, de crecimiento en todos los órdenes, de personas que trabajan arduamente y

salen airoosas frente los retos más difíciles, la mítica Tía Juana que recibe a los forasteros con los brazos extendidos, ofreciéndoles trabajo honesto, arraigo, identidad y valores.

El metarrelato (el de la leyenda negra) y su contradiscurso (la leyenda blanca) se ponen aquí en una certera perspectiva que abona a la reflexión y construcción de un diálogo entre ambas posturas tan contradictorias y excluyentes en apariencia. Para ello el investigador se vale de una puntual revisión de los resultados de investigación histórica y cultural tan bien referidos en otros tantos estudios (Piñera, Félix Berúmen, Ruiz...), poniéndolos en diálogo con los trabajos de Antonio Padilla o Consuelo López Arámburo por ejemplo, a partir de las tempranas alusiones reivindicativas de la profesora Josefina Rendón Parra, guanajuatense allegada a la ciudad en 1922 quien, entre otras actividades, fuera fundadora de la denominada “Junta Pro Patria de Tijuana”; o de Conrado Acevedo Cárdenas que en 1954 publicara su *Ensayo monográfico* para responder a las que él consideró falsedades alimentadas en el centro del país respecto a la naturaleza y el devenir de su ciudad.

A este trazo de referencias cruzadas, se suman algunas opiniones de ciertos informantes quienes fueron entrevistados durante el trabajo de campo, permitiendo con todo ello servir para el adecuado y bien interesante arribo de las imágenes que registrara el fotógrafo de origen japonés que permite entonces mostrar ese otro rostro ya no descalificador ni estigmatizado del “negro” ámbito tijuanense y de sus habitantes.

La iconografía de Kingo Nonaka que aquí se expone como parte nodal, presenta estampas de su propia familia, del convivio de infantes y de trabajadores, grupos de otros inmigrantes orientales que posan ante la cámara; registra las importantes visitas de candidatos presidenciales o jefes de Estado; muestra grupos de estudiantes que se esmeran en sus diversos aprendizajes en aras de una mayor competitividad, plasma los rostros alegres de jóvenes muchachas, equipos de atletas y miembros de clubes deportivos, retrata la obra civil construida para mejorar los servicios públicos, panorámicas que anuncian el crecimiento exponencial de la ciudad, comitivas de reinas y princesas, desfiles y carros alegóricos para la celebración de las fiestas patrias.

En resumen pues, la obra fotográfica considerada como muestra de esa leyenda blanca que aquí se defiende, se contrapone a aquéllas postales que circularon más con el sentido de *souvenir* o a la manera de mostrar el exótico *wild west* y que también se registraron desde su época y todavía hasta fechas prácticamente recientes; prefiriendo mostrando los oficios, las actividades celebratorias y acontecimientos festivos que ofrecen el rostro de los ciudadanos comunes desempeñando su vida diaria marcada por el trabajo, el deporte y las actividades de convivio familiar y distracción cívica colectiva.

Más allá de la certeza del vilipendio hacia la ciudad de Tijuana en torno a su bien conocida como leyenda negra que se arrastra desde sus propios orígenes, o los esfuerzos reivindicativos de los forjadores y sus gentes a partir de la denominada como leyenda blanca, quizá lo más interesante sea precisamente la propia apreciación contradictoria, dialéctica y en ventura inacabada de este punto nodal de nuestra geografía que se complementa en sí misma mediante una dinámica dualidad taoísta como un *yin yang* de la modernidad y que posee el carácter inaprensible, mutante y performativo.

Y si el trabajo fotográfico de Nonaka en este punto, a juicio de las palabras de Barthes, el intelectual francés, pudiera resultar subjetivo en tanto no solamente define el encuadre de su registro sino también sus objetivos que ha seleccionado y que por ello no puede alejarse de una carga ideológica demarcada por el bienestar y progreso de la boyante urbe, lo que importa es el diálogo apropiado y complementario que pretende redefinir a esta ciudad tan vital y multifuncional. Josué Beltrán con este trabajo nos invita a estas reflexiones.

Hugo Salcedo

Introducción

En este trabajo leerán un análisis hecho a nivel histórico y sociocultural de un fenómeno presente en la historia de Tijuana de manera tal que su sociedad no solo ha recurrido a él como alternativa para la limpieza de la imagen y del discurso que sobre Tijuana, los tijuanenses y lo tijuanense se ha venido construyendo bajo la forma de una leyenda negra, sino que también, a pesar de no haber sido etiquetada como tal, a aquél que señalan como su verdadera identidad: me refiero al diseño, construcción y representación de una leyenda blanca cuya confección obedece a un proceso y esfuerzo por construir un contradiscurso, esto es, una narrativa gloriosa, que haga sentir orgullosos a los tijuanenses y, además, legítimo, según la opinión de ellos pues éste representa lo que quieren que signifique y represente como su verdadera historia, el cual sin embargo busca eliminar el imaginario de los otros.

Si bien la leyenda negra es común a toda la frontera México-Estados Unidos, en Tijuana se ha vivido e interpretado con una intensidad e insistencia muy particular por la sobrerepresentación que ésta ha tenido en y a partir de esta ciudad. Es por ello que en este estudio se atiende el fenómeno a partir de Tijuana y en Tijuana.

A pesar de que la leyenda negra fue producto del proceso histórico que tuvo como resultado el primer crecimiento significativo demográfico y urbano que experimentó la ciudad de Tijuana (1921-1930 [Padilla, 2006]), éste es visto no solo con recelo sino que es negado debido a que representa un discurso e imaginario inaceptable para aquellos que se pro-

claman como los verdaderos tijuanaenses, pues ha sido construido por su otredad histórica —conformada por los estadounidenses y los mexicanos no fronterizos— quien han estigmatizado a Tijuana, los tijuanaenses y lo tijuanaense.

La leyenda negra es un discurso estigmatizante de la frontera México-Estados Unidos que se desprende de un fenómeno histórico-sociocultural-económico tanto estadounidense como mexicano: el de la prohibición al licor y juegos de azar a través de campañas de moralización. En Estados Unidos, éstas se vivieron a partir de la entrada en vigor de la Ley Volstead, entre 1919-1933 y en México, durante las campañas antialcohólicas de los gobiernos constitucionalistas y posrevolucionarios (1914-1921).

El impacto histórico y socioeconómico que dichas prohibiciones tuvieron en esta frontera fue positivo: desarrollo y expansión urbana propiciada por un crecimiento demográfico alentado por las ofertas de empleo y la derrama económica que la prohibición garantizaba en sus poblados, lo cual a su vez se traducía en una entrada de capital a las arcas de las autoridades locales que se tradujo en obras públicas de infraestructura económica, urbana y social. Incluso, el desarrollo propiciado por el impacto de la prohibición en la frontera fue capitalizado también por las ciudades fronterizas estadounidenses: la derrama económica significó afluencia a las ciudades fronterizas mexicanas de turistas que tenían paso obligado por los Estados Unidos para internarse en las ciudades mexicanas. Por mencionar un ejemplo, tenemos las medidas implementadas en El Paso, Texas. La cámara de comercio de dicha ciudad, hacia 1923, desplegó una campaña publicitaria a favor de su vecina Ciudad Juárez. Sabían en El Paso que la afluencia a Ciudad Juárez significaba la presencia de los mismos turistas y sus capitales en esa ciudad. Así, el beneficio fue mutuo [Piñera y Verdugo, 1994: 156].

El beneficio acarreado a las poblaciones y estados fronterizos por las prohibiciones repercutió en medidas tomadas por las autoridades locales y regionales de índole diversa: desde anular prohibiciones al alcohol hechas por autoridades estatales —el caso del estado de Sonora, gobernado por Plutarco Elías Calles quien impuso una prohibición en 1915— el auspicio por parte de las mismas para la construcción de puentes que garantizaran el fácil acceso a los poblados fronterizos —en Ciudad Juárez se construyó

el Puente Internacional, por ejemplo— o incluso, confeccionar leyes “de divorcio”—Ciudad Juárez, 1932—para incrementar el atractivo de las visitas a las localidades de la frontera [Piñera y Verdugo, 1994: 156].

A pesar del beneficio económico que trajeron a la frontera las prohibiciones al alcohol, es por el estigma de la leyenda negra que esto es ignorado las más de las veces. El estigma del discurso negro es construido y señalado tanto por estadounidenses como por mexicanos, ya hemos mencionado, debido al clima moralizador imperante en la época tanto en los Estados Unidos como en México aunque sus antecedentes los encontramos desde la segunda mitad del siglo XIX. El punto medular de su contexto es, como señala Lawrence Taylor, la preexistencia del imaginario de una “frontera salvaje” [2003]. Este imaginario fue creado primero por los ingleses y por los estadounidenses después para justificar su expansión al oeste, el cual constaba de habitantes y tierras indómitas a las cuales había que ir a civilizar y someter a través de su trabajo. Cuando los estadounidenses alcanzaron la costa del Océano Pacífico a través de la guerra contra México (1846-1848), fue que empezaron a voltear al sur.

Las primeras miradas tras la guerra se dieron y construyeron en el contexto de especulaciones sobre la tierra, el arribo de inversionistas e inmigrantes en general al suroeste estadounidense gracias a la presencia del ferrocarril y con ello, una oleada de turistas a la cual David Piñera denomina como *healthseekers*, los cuales no eran otra cosa más que personas que viajaban al suroeste de los Estados Unidos en busca de climas que fueran más propicios para su salud [Piñera, 1989, 2006; Taylor, 2003]. Según Piñera, esto inauguró el turismo al sur de la nueva frontera: para el caso de Tijuana, se hace especial énfasis en la búsqueda, para su visita, de las aguas termales de Agua Caliente [Piñera, 1989].

Los visitantes, tanto turistas como inversionistas especuladores de tierras, ante la conciencia de estar visitando un país y una cultura distintos, empezaron a buscar el *folklore* que distinguiera a ésa cultura de la suya propia. Así, crearon el imaginario del llamado *Old México*: del México charro, del México del sarape, del México que andaba a lomo de caballo, de burro o de mula o en una carreta tirada también por este tipo de ganado.

La mirada del *Old México* es la que originó el estereotipo de la frontera México-Estados Unidos, usado e institucionalizado por las autoridades

mexicanas al concluir la etapa armada de la Revolución para representar todo lo mexicano [Pérez Montfort, 2007].

Así, en buena medida, la mirada sobre la frontera era una que buscaba lo exótico y lo salvaje la cual, con la puesta en vigor de la Ley Volstead, evolucionó al grado de convertirse en una mirada estigmatizante. La frontera pasó del bonito *Old México* a un abrevadero de licor, a una tierra de nadie, a la de una tierra sin ley, de corrupción, de juego, de burdeles. Esta mirada se extendió de Tijuana a Matamoros. Lo atractivo del fenómeno recae en los discursos que inauguró: si bien algunos tienden a afirmar que se trató de una época dorada por el crecimiento económico, urbano y demográfico que trajo consigo [Ruiz, 1998] no hay que perder de vista que, a pesar de su sustento histórico-sociocultural-económico, es la leyenda negra la construcción de un discurso a partir de la mirada de los extranjeros y de los mexicanos no-fronterizos. Es por ello que los fronterizos en general, especialmente los tijuanenses, no aceptan y por lo tanto niegan esa mirada y esa versión de los hechos que se ha convertido en historia.

Antecedentes del tema: cómo ha sido tratado a través de la historiografía

Incluso en la academia existe un reclamo a esta mirada. Lo encontramos en la obras del historiador –fronterizo– Manuel Ceballos. Ceballos, haciendo uso de su oficio, denuncia esto en textos como *La condición fronteriza: de línea de paso a espacio de identidad* [1997]. En él señala que la visión de la frontera fue construida por la visión de aquellos que vinieron de paso y, sin embargo, hay otros tantos para los cuales la frontera es mucho más que eso: es el lugar en el cual decidieron quedarse.

En todo momento Ceballos señala que la frontera tiene una doble acepción: la de lo efímero y lo no-efímero, la de línea de paso a espacio de identidad. Agregamos que es la frontera del discurso negro y el discurso blanco. Señala que es un espacio de hipocresía, donde se tiene la lectura

de la misma a partir de la moral puritana-estadounidense y la mirada del local, de aquél al que le costó trabajo construirla, de aquél que sufrió un proceso psicosocial para contener los embates de los discursos. Sin embargo, como señala Rogelio Ruiz [2009], es el reflejo de la época dorada de la prohibición que por sus actividades escandalizaron a ambas sociedades.

Así, en respuesta a la confección de un discurso negro por parte de los de fuera, estadounidenses y mexicanos no-fronterizos, los locales fronterizos hicieron lo propio a través de un discurso que hoy estamos señalando como leyenda blanca para completar esa acepción doble que señala Ceballos.

En este trabajo particularizamos el caso del reclamo del discurso de doble acepción en la ciudad de Tijuana y encontramos que es a través de los discursos que se inaugura dicho proceso, con la producción de narrativas de corte histórico y de crónicas con marcado sentido localista que no alcanzan la mirada para ver la extensión real del fenómeno de la leyenda negra: la frontera. Esto se debe a que el discurso negro ha cargado el estigma con particular ímpetu sobre esta ciudad debido a que Tijuana se formó como pueblo-vicio en la vertiente de un “corredor dorado” formado por las ciudades californianas de San Francisco-Los Ángeles-San Diego [Gómez, 1992; Piñera, 2006] cuyo potencial económico hizo que en este poblado la disipación fuera más evidente que en Mexicali, su competidor más próximo [Gómez, 1992]. California ha sido considerada como el estado dorado por su histórico potencial económico y fue este hecho el que convirtió a Tijuana en el poblado más famoso, en el contexto de las prohibiciones, de toda la frontera México-Estados Unidos.

Paul Vanderwood [2010] señala que, en el contexto ya aludido, los “barones de la frontera” —Carl Withington, Marvin Allen, Frank B. Mayer, James Croffoth, Baron Long y Wirt W. Bowman— empresarios dedicados a lo que Eric Schantz [2001; 2011] denomina como “la industria del vicio” o de los “placeres arriesgados”, fueron los que inauguraron a Tijuana en los negocios que le darían su fama a través de su leyenda negra. Tijuana, debido a su posición privilegiada dentro del aludido corredor dorado como poblado fronterizo (sus antecedentes los encontramos en el siglo XIX, en el contexto de la fiebre del oro baja californiana, como posta de aprovisionamiento [Piñera, 1989; 2006] aunque también emergió como

un punto turístico desde las dos últimas décadas del mismo siglo [Piñera, 1989; Taylor, 2002]) y ante su poca población, fue un escenario donde dichos empresarios encontraron la oportunidad de mudar sus capitales. En 1915 estaban inaugurando la Feria Típica o “The Tijuana Fair” para dar con ello inicio a la oferta de sus placeres [Piñera, 1989]. A la feria, que en sí ofertaba juegos de azar y espectáculos taurinos, le siguieron la apertura de hipódromos, casinos y toreros, ofreciendo al público estadounidense principalmente esas atracciones que en California si bien todavía no estaban restringidas por completo, ya eran señaladas y condenadas por las asociaciones y grupos moralistas.

Así, paulatinamente, el pequeño Tijuana se convirtió en el centro de placeres de San Diego y de toda California [Gómez, 1992]. Este hecho impactó a profundidad al poblado: de representar un espacio que a finales del siglo XIX ocupaba apenas una calle, la que es hoy conocida como el “Callejón Z” y, dispersos a sus alrededores, apenas 245 habitantes [Padilla, 2006] los cuales en 1930 se habían ya convertido en 11,271 [Padilla, 2006]. Ésa pequeña comunidad fue la que atestiguó el crecimiento del poblado ocasionado tanto por la inmigración como por la expansión de la mancha urbana que la dinámica económica de las prohibiciones puso en marcha en ella.

No podemos hablar de una comunidad cerrada sobre sí misma, pues existe evidencia de que se vivía una relación de intercambio e interacción intensos con San Diego, California. Sin embargo, la comunicación más allá de San Diego era difícil, particularmente con el interior y el resto de México. No fue sino hasta 1915 que el gobernador de Baja California, entonces Distrito Norte, Esteban Cantú Jiménez, inauguró el “Camino Nacional”, una vía de terracería que suponía la comunicación por tierra entre Tijuana, Tecate y Mexicali. Antes del camino, la única opción para entrar o salir de Tijuana era el ferrocarril San Diego-Arizona.

En general, los testimonios recabados hablan de una comunidad que vivía en precariedad y sacrificio. David Piñera [1989] registró el testimonio de Francisco M. Rodríguez quien dice que en Tijuana no existía tienda alguna y, por lo tanto, “casi había hambre”; el testimonio de Julio Dunn Legaspy, recabado también por Piñera, dice que los trabajos mejor pagados derivados del establecimiento de los hipódromos, cantinas, casinos y

burdeles eran para los estadounidenses, cuyos patrones, estadounidenses también, discriminaban a tal grado a los mexicanos, tijuanaenses o no, que éstos se sentían extraños en su propia tierra.

La comunidad de Tijuana, según los testimonios, vio de una forma muy particular el embate de la prohibición. Si bien ésta se tradujo en un incremento a las inversiones económicas y su consecuente derrama y en inversión en infraestructura a tal grado de que se afirma que fue en la época correspondiente a la prohibición que Tijuana se formó como ciudad [Rivera, 2006] la comunidad ha cuestionado este impacto que para la historia es evidente. Los Tijuanaenses argumentan en sus testimonios, por ejemplo, que los empleos bien pagados no eran para los locales; también, se lee una condena moral casi igual a la que al norte de la frontera hacían las asociaciones temperantes de las actividades emanadas de la industria del vicio y los placeres arriesgados en Tijuana.

Sin embargo, los testimonios nos indican que los Tijuanaenses ansiaban ser parte de ese mundo de alguna manera. ¿Cómo explicar su organización en sindicatos para pelear por esos espacios que les eran negados por los inversionistas estadounidenses o sus protestas y desorden públicos cuando fueron clausurados los casinos en el sexenio de Lázaro Cárdenas? Así lo afirma la narrativa de Francisco M. Rodríguez, en Piñera [1989] y la obra de Paul Vanderwood [2007].

Así, invariablemente, las narrativas de los tijuanaenses, tanto las recabadas en obras como la de Piñera [1989, 1994] y las recabadas durante el trabajo de campo para obtener información para el análisis cualitativo de la tesis de grado que dio forma a este trabajo, aluden a una realidad social de trabajo y de sacrificio. Por ejemplo, Blanca¹ [2012] opina que la realidad de los tijuanaenses es “de lucha por un pedacito de tierra” o, por otro lado, José² [2012] dice que Tijuana “es una ciudad donde llegan cada

1 Informante de este trabajo de tesis. Lo que la hace Tijuanaense es el hecho de haber nacido aquí pero, según su narrativa, “el sacrificio del trabajo” para, por y en esta ciudad [Colín, 2012].

2 Este fenómeno histórico también tuvo impacto y consecuencias en la frontera de los Estados Unidos con Canadá. Sin embargo, la frontera con México fue la que recibió el imaginario y estigma de la leyenda negra.

año 80 mil habitantes [...] que votan con su cuerpo que están mejor aquí que en el lugar del que vinieron. Tijuana es una meta llena de oportunidades. Aquí llegamos de todos los confines de la patria buscando trabajo, cobijo, dignidad y hogar” [Galicot, 2012].

Se vislumbra en las líneas anteriores un discurso triunfalista, cuyos elementos son los de una historia de sacrificio, de la búsqueda por la dignidad, etc. Esta es la tradición narrativa que en la tesis de grado explico como “historiografía de corte localista” iniciada por un abogado, Conrado Acevedo Cárdenas, con su texto titulado “Tijuana. Ensayo monográfico” publicado en 1954. En él expone que la razón principal para redactar y publicar ése texto fue para presentar una respuesta a las calumnias que Tijuana recibía a través de la llamada leyenda negra, las cuales el sufrió como estudiante de derecho en la UNAM. Sin embargo, la obra de Josefina Rendón Parra es más ubicada que la de Acevedo debido a que ella fue profesora. Ella lo hizo a partir de sus “Divulgaciones históricas” las cuales empezaron a circular en Tijuana a partir de 1924. Sin embargo, su texto más recordado es el de “Apuntes Históricos de Tijuana” publicado en 1972.

Tenemos entonces que las primeras obras en las que de alguna manera se expone la historia o sobre la historia de Tijuana, aparecieron desde la década de 1950. Hay que señalar que los autores de estas primeras obras no eran historiadores. El autor de la primera obra sobre Tijuana, “Tijuana: ensayo monográfico” es, ya mencionamos, el abogado Conrado Acevedo Cárdenas. Las obras que aparecieron a partir de la época tuvieron el fin, como los mismos autores lo señalan en sus prólogos, de limpiar el nombre de Tijuana. La premisa de los aficionados que las escribieron: “que las nuevas y futuras generaciones conozcan más de la tierra que los vio nacer a unos y amorosa abre sus brazos a otros” [Martínez, 1996:1].

La intención de este tipo de obras es o hacer apologías personales, autolegitimarse como actor o personaje importante para la historia de la comunidad a la que va dirigido el texto o hacer justificaciones personales como el porqué de sus fracasos y de sus éxitos. Lo interesante es que el esfuerzo por lograr lo que hemos mencionado ha terminado por exaltar los valores y las virtudes de la comunidad o historia en cuestión. Así, pienso que con el tiempo sí se ha logrado alimentar este sentimiento

de pertenecer a algo especial, único, irrepetible. Estos son, desde luego, sentimientos y opiniones que forman parte de eso que se ha identificado como leyenda blanca.

En ese sentido es particularmente sobresaliente el ya mencionado texto “Apuntes Históricos de Tijuana” de Josefina Rendón Parra, pues es de donde se dónde se desprende el concepto de leyenda blanca acuñado por Antonio Padilla Corona [1992] el cual Consuelo López Arámburo [2002] desarrolló a partir del argumento de que existió la difusión de una educación y conciencia con sentido nacionalista en Tijuana, la cual ella trató a través de la perspectiva de género. Sin embargo, el concepto no se restringe solo a esta perspectiva. Es más amplio, aunque es el género, según López, el eje rector de dicho discurso.

La primera obra de historia hecha por un historiador en la localidad es la que lleva como título “Panorama histórico de Baja California”, coordinada por David Piñera Ramírez [1983] y publicada por la Universidad Autónoma de Baja California en colaboración con la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta es una de las obras de referencia obligada para los historiadores que producen trabajos sobre historia regional y local. Incluso, se desprende de esta el texto “Historia de Tijuana. Edición conmemorativa del centenario de su fundación, 1889-1989”, también coordinada por Piñera (Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California-Gobierno del Estado de Baja California, XII Ayuntamiento de Tijuana, 1989).

“Panorama histórico de Baja California” tuvo intenciones monumentales: exponer por completo la historia de la Baja California desde la descripción de su escenario natural, la prehistoria peninsular, las exploraciones europeas y la etapa misional, sus primeras décadas de vida independiente, las concesiones de las tierras baldías, el desarrollo de la costa noroccidental, la transformación del desierto, las épocas de Cantú y Rodríguez, el inicio de la integración al resto del país y su intensificación del vínculo con el resto de México.

La obra, podemos leer en ella, hace una primera periodización de la historia de la Baja California, la cual ha sido cuestionada, ampliada e incluso completada y quizá superada por obras posteriores, particularmente el texto “Baja California: un presente con historia” coordinado

en 2002 por la historiadora Catalina Velázquez Morales, puesto que en esta obra se cuidó más el trato a la información y el uso de las fuentes así como su metodología.

“Panorama histórico” tiene una exposición y un trato profesional por el coordinador. Es de llamar la atención que se alimenta de fuentes documentales y orales por igual y parte de los artículos que le conforman no fueron elaborados por historiadores, sino por aficionados, testigos de algunos de las narrativas que en ella se incluyen o por los que denomino en mi tesis de grado como los herederos de la memoria y el tiempo: los descendientes de los protagonistas y los constructores de los acontecimientos que construyen la obra. Considero que al interior de la obra encontramos la tendencia de autolegitimar o exaltar la historia de la región y las comunidades que en ella se pretende describir. Sin embargo, es un panorama de Baja California, no de Tijuana, aunque sí incluye sus antecedentes históricos que tuvieron a bien temporalizar de finales de siglo XIX hasta, en la obra mencionada, la década de 1930 cerrando éstos con la época del Centro Turístico de Agua Caliente (1928-1938) más popularmente llamado “El Casino”. “Baja California: un presente con historia” rebasa esa temporalidad. Así, nos ofrece una visión más amplia del devenir de la historia local y regional.

Alrededor de los acontecimientos del cierre del casino es que se empieza a diseñar el discurso de la leyenda blanca, pues es en ellos donde la comunidad de Tijuana reflexiona por vez primera sobre sí misma y se preocupó del cómo les mirarán a futuro. Sin embargo, a pesar de que la época es medular, es tratada en la obra de “Panorama histórico” con superficialidad, cosa que el mismo David Piñera reconoce en otra obra monumental: Visión Histórica de la Frontera Norte de México. Es en esta obra donde Piñera se atreve a reflexionar sobre las dinámicas económico-históricas que percuten la llamada leyenda negra. Sin embargo, afirma que por su naturaleza, como ya se ha señalado “la población de Tijuana a decidido recorrer sobre de ella un velo de olvido” [Piñera y Verdugo, 1994:155]. El olvido y, añadido, negación, lo encontramos en la construcción de su contradiscurso: la leyenda blanca.

Tenemos entonces que hay una relativa falta de obras históricas con el perfil sociocultural. Ello lo atribuimos no a las fuentes que tradi-

cionalmente se consultan, sino a su tratamiento. Un intento por incluir aspectos sociales, comunitarios y culturales en obras sobre historia de Tijuana lo podemos localizar en la serie de textos “Tijuana, senderos en el tiempo” (XVIII Ayuntamiento de Tijuana, 2006) “Tijuana: identidades y nostalgias” (XVIII Ayuntamiento de Tijuana, 2007) “Tijuana: historia de un porvenir” (XIX Ayuntamiento de Tijuana, 2010) coordinados por Mario Ortiz Villacorta Lacave y Manuel Acuña Borbolla. La serie de obras está construida por una diversidad interesante de autores: leemos en ella a historiadores, comunicadores, sociólogos, antropólogos, cronistas y aficionados a la historia. La temática, aunque diversa, se centra en fenómenos tijuanenses pero por la diversidad de áreas a la que se adscriben sus autores, no necesariamente tratados desde la historia.

Tesis central.

Directrices interpretativas para saber cómo los tijuanenses quieren que les miren

Esta investigación es un intento por construir una historia a partir de la observación y del análisis de narrativas de sujetos para codificar las fotografías que argumento son la tecnología de la leyenda blanca. El resultado, estimo, es el de un estudio desde la perspectiva sociocultural, hecho que es una fortaleza de este documento, pues no hay abundancia de trabajos con este perfil. Las preguntas que surgieron, particularmente en el momento de la observación, son ¿a través de qué medio o recurso los tijuanenses han resignificado sus procesos y símbolos constituyentes de su imaginario para diseñar y representar una leyenda blanca como contradiscurso a la leyenda negra? ¿Cuáles son los elementos y/o tecnologías histórico-socioculturales que estructuran la construcción y difusión de la leyenda blanca? ¿Quiénes son los constructores de la leyenda blanca y cuáles son los usos que a ella han dado?

Para responder a lo anterior, ubico y describo a la leyenda blanca como un proceso histórico de negación y disputa a los imaginarios de

Tijuana: la leyenda negra *versus* la leyenda blanca para saber cómo los tijuanenses quieren que se les mire así como explicar a la fotografía como la tecnología usada para el diseño y representación de la leyenda blanca.

Atiendo un fenómeno que implica explicar el proceso de la construcción de la identidad, ideología y sentir de los locales a través de un discurso y la toma de una posición sobre el cómo quieren que les miren desde un polo opuesto y extremo al de la leyenda negra.

Trato al tema de la leyenda blanca como un fenómeno histórico e identitario a la vez debido a que es en el espacio-tiempo de Tijuana que ha existido la necesidad de limpiar la imagen y el discurso de la ciudad. A consecuencia de la ubicación de este fenómeno es que en este trabajo daremos cuenta del proceso sociocultural que gestó y construyó la leyenda blanca, además de atender un tema por completo inexplorado dentro del mismo: el uso de la fotografía como tecnología para definir la mirada que sobre Tijuana, los tijuanenses y lo tijuanense se debe idealmente tener, siendo además un recurso catalizador y legitimador de la memoria, utilizada por los tijuanenses como la evidencia indiscutible de lo que ellos han calificado como su verdadera historia.

La construcción de la leyenda blanca de Tijuana obedece a una narrativa hecha a partir del uso de juicios de valor cuyos elementos discursivos son representados y legitimados en el uso de la fotografía haciendo de esta su tecnología. Los juicios de valor son legitimados por los tijuanenses, en su discurso blanco, como su verdadera historia puesto que se trata de su versión construida a partir de su memoria, la cual es para ellos la evidencia indiscutible de sus verdades.

Encuentro que como testigos y herederos del tiempo de Tijuana, los tijuanenses se saben dueños de saberes que les permiten reflexionar su pasado y con ello, construir su versión de su historia la cual, por su discurso, consideran auténtica y fuera de discusión y crítica, por lo que la leyenda blanca es en sí un polo opuesto y extremo a la leyenda negra pero, al igual que ésta, es descalificadora y estigmatizante: niega y elimina ideológicamente al otro que no opina como el tijuanense. Es por esto un contradiscurso.